

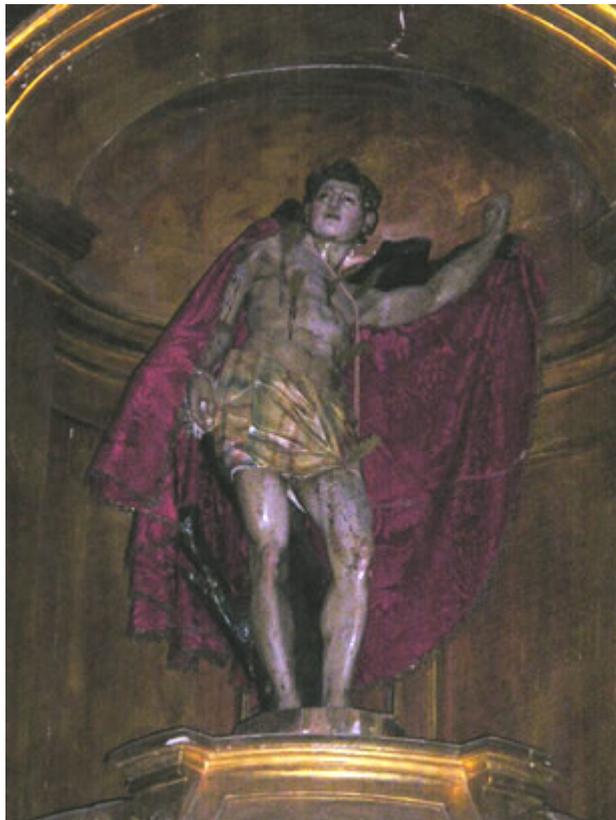
PRESBITERIO

El Presbiterio aloja un retablo mayor de estilo neoclásico con tabernáculo de Pedro Borragán (1796), dorado y pintado por Francisco Ruiz de Munar. En él se encuentran las imágenes de San Pedro y San Pablo, que flanquean al titular y patrón de la localidad, San Sebastián, una figura de finales del siglo XVI.



La figura de San Sebastián, asaeteado, tiene un pie ligeramente avanzado, mientras la otra pierna aparece flexionada. Su cintura aparece echada hacia atrás, como si su cuerpo buscase apoyarse en el trono al que está atado. El brazo derecho permanece casi pegado al cuerpo, mientras que

el izquierdo está extendido. Es un desnudo escultórico, en el que el autor manifiesta cierta destreza, apareciendo bien definidos las diferentes partes del cuerpo y los músculos en tensión, aunque esa misma tensión, no parece corresponder con la actitud de reposo que parece manifestar la figura, lo cual contrasta más aún con el hecho de que el cuerpo aparezca asaeteado, con las flechas penetrando en el cuerpo del santo, provocando heridas de las que mana sangre. La cara tampoco corresponde con el sufrimiento que provoca el martirio, ya que en su rostro no se aprecia ninguna expresión de dolor, con la mirada perdida hacia el cielo. La figura se recubre con una capa roja y negra.



Esta hornacina no estaba pensada, inicialmente para esta figura, ya que el tamaño de la figura es excesivamente pequeño para la misma. De hecho la figura de San Sebastián se sitúa sobre un templete que envuelve una hornacina giratoria, con dos huecos, uno que alberga a un niño Jesús bendiciendo con la derecha, mientras que con la izquierda sostiene una bola rematada con una cruz, signo de la universalidad de la Iglesia. El otro hueco, no visible, ya que da al interior, se encuentra vacío.



A la derecha de San Sebastián se encuentra la figura de San Pedro, que porta una llave (símbolo del mandato que Jesús le da a Pedro, convirtiéndolo en la roca sobre la que fundará su Iglesia: "lo que tu ates en la tierra será atado en el cielo"), y a su izquierda aparece San pablo, portando una espada (símbolo de su persecución de los cristianos antes de convertirse al cristianismo). Ambas son figuras imponentes que recuerdan las esculturas de Juan de Juni, de formas contundentes y vigorosas. En ambos caso portan un libro abierto con una frase en latín.



En el caso de San Pedro, su libro recoge la frase de Mt 18, 18 (lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo) y en el caso de San Pablo nos remite a Rom 5 (En la tribulación paciencia, en la oración constancia)

La parte superior del retablo la ocupa en la actualidad un crucifijo.

Hallamos también en el presbiterio una, una escultura de la Virgen con el niño (aunque en el pueblo mucha gente considera que es la imagen de Santa Ana -la madre de la Virgen y antigua patrona del pueblo- con el niño). Es una imagen que conserva parte de su policromía, de trazas góticas, con una ligera curvatura de todo el conjunto. Los rostros resultan inexpresivos, mirando las dos figuras al frente, sin ningún tipo de comunicación entre ambas, salvo en un pequeño detalle, y es que unas de las manos de la Virgen, coge y parece acariciar uno de los pies del niño. Los pliegues de la vestimenta, son duros, no cayendo con naturalidad. Sin embargo destacan, especialmente los rostros, a pesar de su inexpresividad, de un alta calidad técnica, sobre todo el de la Virgen, cuya cara queda enmarcada por el pelo que cae, que a su vez está envuelto por la capucha del ropaje.



Por último, en ambos laterales, encontramos dos pequeñas tablas que representan al evangelista San Mateo con el símbolo del ángel (izquierda) y a San Marcos con el símbolo del león (derecha), que posiblemente formaban parte de algún retablo. Parecen ser del siglo XVII, aunque el mal estado de su dorado y policromía impide apreciar mejor sus características.

